

CAPITULO VI.
CELEBRE CONQUISTA DE BAZA.

De 1488 á 1489.

Situacion del reino granadino.—Isabel y Fernando en Aragon.—Córtes de Zaragoza: lo que se hizo en ellas.—Digna contestacion de Fernando á un embajador de Francia.—Los reyes en Valencia, Murcia y Valladolid.—Van á Jaen á renovar la guerra.—Empréndese el famoso cerco de Baza.—El príncipe moro Cid Hiaya en Baza: el Zagal en Guadix.—Trabajos y dificultades para el cerco: conflicto y desánimo en el ejército cristiano: enérgica resolucion de la reina Isabel.—Tala general de las frondosísimas alamedas de Baza, hecha por los cristianos.—Hazaña de Hernan Perez del Pulgar: premio que obtuvo.—Embajadores del Gran Turco en el campamento de Fernando, y respuesta de la reina y del rey.—Inmensos servicios que desde Jaen hizo la reina al ejército: desprendimiento heroico de Isabel y de sus damas.—Rasgo igualmente patriótico de las doncellas moras.—Valor y serenidad de Cid Hiaya.—Ardid del príncipe moro, y astucia de Fernando.—Rigor y crudeza del invierno: los cristianos convierten su campamento en una poblacion: trabajos que pasan: desaliento general.—Admirable viage de Isabel desde Jaen á los reales de Baza.—Pasa revista al ejército: entusiasmo.—Galantería del príncipe Cid Hiaya.—Capitulaciones: rendicion de Baza: entrada de Fernando é Isabel.—Generosa conducta del príncipe y de los caudillos moros.—Cid Hiaya negocia con el Zagal la rendicion de Almería y de Guadix.—Toman los reyes posesion de Almería: noble comportamiento de el Zagal.—Tómanla de Guadix.—Suerte de Abdallah el Zagal.—Término feliz de la campaña.—Reflexiones.

La conquista de Málaga dejaba el reino granadino fraccionado entre tres soberanos: los reyes de Castilla dominaban la parte occidental desde Illora y Moclin hasta Velez: en Oriente obedecian al Zagal las ciuda-

des y territorios de Almería, Baza, Guadix y la Alpujarra hasta Almuñecar: Boabdil, el rey Chico, sostenia en Granada una sombra de poder, circunscrito el antiguo imperio de los Alhamares á la capital y á las montañas mas vecinas. Hubiera Boabdil caido muy pronto de su vacilante trono, derrocado por el incóncostante pueblo granadino, si Fernando, interesado en sostenerle contra el partido de el Zagal y en mantener vivas sus rivalidades, no le hubiera ayudado enviándole una hueste al mando de Gonzalo de Córdoba, con que pudo reprimir las tentativas de rebellion. Tampoco Boabdil queria renunciar á la alianza de Fernando, y así los moros de Granada vivian entonces en perfecta tranquilidad con los castellanos.

Fernando é Isabel, terminada la conquista de Málaga, pasaron de Córdoba á Aragon, así con objeto de que reconociese aquel reino por heredero de la corona al príncipe don Juan, que contaba entonces diez años, como de reformar la administracion de la justicia y de la hacienda y de corregir desórdenes y abusos que á la sombra de las particulares instituciones del pais y con la turbacion de los tiempos y la ausencia de su soberano se habian introducido. Logrado este objeto, votado por las córtes aragonesas un subsidio para la continuacion de la guerra de Granada, y establecida en aquel reino la Hermandad para la persecucion y castigo de malhechores á la manera que lo habian hecho antes en Castilla, par-

tieron los monarcas de Zaragoza para Valencia con un propósito y fin semejante (1488). Reunidos en córtes los prelados, caballeros y barones valencianos, espusiéronse á los reyes los males y agravios que la provincia padecía. Los reyes aplacaron las turbulencias y bandos que agitaban y perturbaban aquel hermoso reino, restablecieron con su acostumbrada energía el imperio de la justicia y de la ley, é hicieron que no fuese el poder turbulento de los partidos, sino la sentencia legal de los jueces y tribunales la que decidiese las querellas entre los ciudadanos. Allí tuvieron noticia de que un embajador del rey de Francia había llegado á Cataluña é intentaba hablarles de parte de aquel soberano á propósito de renovar las antiguas alianzas de Francia y de Castilla. Enviáronle nuestros reyes á decir, que si traía comisión para entregarles luego los condados de Rosellon y de Cerdaña que el francés les tenía injustamente ocupados, viniese en buen hora y le recibirían con placer: mas si tal comisión no traía, no pasase mas adelante y se volviese á su tierra. Como contestase el francés que si bien su embajada era de paz no traía aquel especial encargo, hicieronle los monarcas españoles cumplir su intimación, y sin dar un paso adelante tornóse á su país sin que otras reflexiones le quisiesen escuchar ni el rey ni la reina (1).

(1) Pulgar, Reyes Católicos, Aragon, lib. XX. p. III., c. 96.—Zurita, Anal. de

Por el contrario, recibieron con mucha honra y oyeron muy benévolamente al señor de Albret, que se les presentó á hablarles con mucho respeto sobre asuntos pertenecientes al reino de Navarra, de que no daremos cuenta ahora por no interrumpir la narración del gran suceso que forma el objeto de los presentes capítulos. Despues de lo cual pasaron á Murcia (junio), á fin de preparar la conquista del reino granadino por la parte oriental, que no había sentido aun el peso de las armas castellanas. La reina Isabel se quedó en Murcia atendiendo á los asuntos del gobierno, y Fernando se trasladó á Lorca con cuatro mil caballos y catorce mil peones (1). La villa de Vera le abrió fácilmente sus puertas, y los alcaides de Cuevas, los Velez, Castilleja y otras varias poblaciones se ofrecieron á ser sus vasallos y á vivir como mudejares. Esto le animó á hacer un reconocimiento sobre Almería, pero habiendo sido rechazado por el Zagal, replegóse y se corrió hácia Baza, donde tambien acudió el intrépido moro con sus valientes par-

(1) En otra ocasion hemos hablado de la inflexible severidad de la reina Isabel para el castigo de los crímenes sin acepción de personas. Hallándose en Murcia ocurrió un lance semejante á los que en otro lugar hemos referido. El alcalde mayor de las tierras del duque de Alva y el alcaide de Salvatierra insultaron y apalearon á un recaudador de las rentas reales que iba con su escribano. Súplote un alcalde de córte para que averiguára la verdad del hecho y le castigara en justicia. El alcalde, prévia una sumaria informacion, hizo ahorcar á uno de los delinquentes en el mismo lugar en que había cometido el delito: al otro le envió ante los oidores de la chancillería de Valladolid, los cuales mandaron cortarle la mano derecha, y le estrañaron para siempre del reino. Pulgar, part. cit., cap. 99.

tidarios. Aquí la gente del marqués de Cádiz se vió envuelta en una celada y sufrió grande estrago. El rey, corriendo con el grueso del ejército, salvó la diezmada vanguardia, mas no pudo evitar la muerte del gran maestro de Montesa don Felipe de Aragon, su sobrino, cuyo cráneo deshizo lastimosamente un tiro de espingarda. El ejército se fué retirando hasta las márgenes del rio Guadalquivir, y Fernando se volvió á Murcia, donde se hallaba la reina, dejando por gobernador de los lugares conquistados á don Luis Portocarrero, señor de Palma. Enorgullecido con estos parciales triunfos el Zagal, hizo varias irrupciones y talas en tierras de cristianos, y Fernando é Isabel tuvieron que reforzar la línea de las fronteras: hecho esto se fueron á invernar á Valladolid.

Fijo siempre su pensamiento en la santa guerra contra los infieles, y habiendo sucedido una primavera apacible á un invierno de lluvias y de inundaciones, que produjeron una espantosa escasez de granos y el desarrollo de una mortífera peste, trasladáronse los reyes á Jaen, donde Isabel queria fijar su residencia, como el punto mas apropósito para mantener comunicaciones con el ejército (mayo, 1489). Llegaba este, segun los mas verídicos cronistas, á 13,000 caballos, y 40,000 hombres de á pie. Iban en él todos los caudillos que habían ganado prez en las campañas anteriores ⁽¹⁾. El plan era cercar á Baza,

(1) Fernando del Pulgar, en la parte tercera de su crónica, capi-

ciudad considerable, y como la córte del pequeño reino en que imperaba el Zagal. Fuéronse los cristianos apoderando, con mas ó menos resistencia, de las fortalezas comarcanas. Entre las que la opusieron mayor fué la de Zujar, cuyo valeroso alcaide Hubec Abdilbar batió la vanguardia capitaneada por el maestro de Santiago y peleó bravamente, siendo muy de notar una especie de máquina de guerra que empleó, y que consistia en varias calderas encadenadas rellenas de aceite hirviendo, que empujadas con ímpetu lanzaban á larga distancia el líquido abrasador sobre el enemigo. Esto entorpeció unos dias la marcha del ejército; pero al fin el bravo alcaide tuvo que rendirse, aun cuando cedió con honra, alcanzando la condicion de poderse trasladar á Baza con su gente. Sin embargo, no sin dificultades consiguió el ejército castellano tomar la cordillera de montañas que se levanta sobre aquella ciudad, porque á la voz y llamamiento del Zagal, multitud de montañeses de la Alpujarra, gente ruda, ligera y belicosa, habia ocupado aquellas cumbres, desde las cuales arrojaban sobre los cristianos lluvias de balas y de saetas. Desalojados al fin los fieros alpujarreños, descubrió el ejército la hermosa ciudad de Baza.

Situada Baza á la falda oriental de unos collados que elevándose gradualmente forman la sierra de su

tulo 404, espresa los nombres de soldados y de lanzas que mandaba todos los capitanes que iban en la cada uno, y el orden que ocupaban. expedicion, y señala el número de

nombre, dominando un amenísimo valle de ocho leguas de longitud y tres de latitud que se llama *la Hoya*, fecundado por las aguas de los rios Guadalquivir y Guadalentin, protegida la población por el ágrico recuesto que llamaban de Albohacen, y por algunos castillos que hácia aquella parte levantaban sus altas y robustas torres, pero guardados sus arrabales solamente por unos bajos y mal construidos muros, parece que fiaba su defensa menos en sus materiales fortificaciones que en el valor de los soldados que la guarnecian y en la inteligencia y brio de su gefe. Era éste el príncipe Cid Hiaya, primo y cuñado del Zagal, casado con Cetimerien ⁽¹⁾, hermana de los dos famosos generales Reduan y Abul Cacim Venegas. Además de los diez mil hombres que contaba la ciudad mandados por diferentes caudillos, había llevado Cid Hiaya de Almería otros diez mil que se distinguían entre todos los moros por su disciplina, por su táctica especial, por su agilidad y destreza en todo género de evoluciones y de ardidés de guerra. El Zagal permanecía en Guadix para ocurrir á cualquier movimiento que desde Granada intentára el rey Chico; y Cid Hiaya tuvo la precaucion de encerrar en la ciudad cuantas vituallas encontró en la comarca, de hacer segar las mieses y arrancar las hortalizas de su rica campiña, y de trillar con los caballos lo

(1) Equivale al nombre español doña María.

que no podía ni arrancarse ni cortarse para que no se aprovechára de ello el enemigo.

Fernando sentó sus reales orilla de las huertas, é hizo que el maestre de Santiago se internára por las alamedas con su caballería. Pero el príncipe Cid Hiaya había parapetado su infantería entre las muchas casas de campo, torres y acequias, y entre el espeso y robusto arbolado que poblaba aquella vega fertilísima. Enredada la caballería de los cristianos, y no pudiendo maniobrar en aquel laberinto, tuvieron que desmontarse los ginetes y pelear á pié y cuerpo á cuerpo con los emboscados moros en confusa refriega por espacio de algunas horas. Capitanes valerosos de uno y otro campo, perecieron allí abrazados con sus enemigos: los de Baza vieron al fin con desconsuelo replegarse su gente á la caída de la tarde á las empalizadas contiguas á la ciudad, y los cristianos pasaron la noche velando sus tiendas ⁽¹⁾. Conoció Fernando la necesidad de sacar el ejército de un terreno tan fragoso y de colocarle en parage mas despejado. Hecho lo cual, reunió su consejo para tratar de la conveniencia de suspender ó continuar un cerco que tantas dificultades presentaba. Los mas de los capi-

(1) El cronista Pulgar, que parece asistió personalmente á esta batalla, la pondera como una de las mas famosas que se dieron entre sarracenos y cristianos. «Puedese bien creer (dice) por los que este fecho de armas leyeren..... que pocas ó ningunas batallas se leen haber acaescido de tanta gente y en semejante lugar concurriese, e que tan cruel e peligrosa fuese e tanto durase, como la que en este dia ovo este Rey don Fernando....» Cron., p. III., c. 406.

tanos, y entre ellos el marqués de Cádiz, opinaron por que se levantase; el comendador de Leon don Gutierre de Cárdenas fué de dictámen de que no podia ni abandonarse ni suspenderse sin gran desprestigio y descrédito del nombre cristiano. En tal conflicto determinó don Fernando, segun su costumbre, consultar á la reina, que se hallaba en Jaen, y oír su consejo. Isabel, que siempre solia decidirse por el partido mas animoso, y que nunca desconfiaba de la Providencia, contestó que no debian malograrse los inmensos preparativos que se habian hecho, y que no era ocasion de renunciar á un grande empresa cuando tan abatidos se hallaban en general los musulmanes. La respuesta de la magnánima Isabel, y la seguridad que dió de que no faltarian al ejército víveres y dinero, infundió como siempre nuevo aliento á capitanes y soldados, y ya nadie pensó en desistir de la empresa, ni nadie cuidó sino de acreditarse por su denuedo ante los ojos de su heróica soberana.

La primera medida que se tomó fué dividir el ejército en dos campamentos; uno á las órdenes del marqués de Cádiz, y de los capitanes don Alonso de Aguilar, don Luis Portocarrero y los comendadores de Alcántara y Calatrava con la artillería, otro á las del rey mismo, con el maestro de Santiago, el conde de Tendilla y otros caudillos. Para poderse comunicar las dos huestes en las posiciones que tomaron era

menester hacer una tala general en la huerta, de cuya operacion se encargó el comendador de Leon con cuatro mil taladores. Era el arbolado tan espeso y robusto, y defendian los moros con tal tenacidad el terreno, que á pesar de las gruesas columnas que protegian á los taladores, apenas devastaban éstos cien pasos cuadrados por dia, y duró la operacion cerca de siete semanas. Al fin cayeron á los golpes de millares de hachas los añosos y corpulentos árboles de la feracísima vega, y se estrechó la línea de circunvalacion, que se fortificó con trincheras, fosos, empalizadas y torres. Se intentó quitar á los sitiados el agua del Albohacen de que se surtiau, mas no se pudo por la vigilancia y las medidas oportunas de Cid Hiaya.

Viendo el hazañoso Hernan Perez del Pulgar que el sitio marchaba con una lentitud que no correspondia á su impaciencia, habló á otros jóvenes fogosos como él, y juntándose hasta doscientos ginetes y trescientos peones propusieron al rey que les permitiera hacer una escursion á la campiña de Guadix. Obtenida su licencia, salió aquella atrevida hueste; apresó ganados y labradores, incendió cortijos y alquerías; mas al volver por el Val de Retama columbróse una fuerte columna de caballería que enviaba el Zagal, mandada por los once alcaides de los once castillos del Cenete. Unos proponian abandonar la presa y huir, otros opinaban por esperar á pié y pe-

lear, los mas se creian perdidos, y todos vacilaban. En tal situacion tomó Hernan Perez del Pulgar una toca de lienzo y atándola como bandera á la punta de su lanza. «Señores, dijo: ¿para qué tomamos armas en nuestras manos, si pensamos escapar con los pies desarmados?..... Hoy veremos quién es el hombre esforzado é quién es el cobarde: el que quisiere pelear con los moros, no les fallecerá vadera si quisiere seguir esta toca (1).» Y apretando los hijares á su cabello arremetió hácia los moros. Sus palabras y su ejemplo alentaron á los demas, y todos cargaron con desesperada furia á los enemigos, arrollándolos y persiguiéndolos hasta dar vista á Guadix. Cuatrocientos moros quedaron en el campo. La hueste vencedora volvió llena de orgullo al campamento de Baza, y Fernando armó caballero á Hernan Perez de Pulgar ante el conde de Cabra y Gonzalo de Córdoba (2).

El Zagal no por esdesistia de enviar desde Guadix socorros á los de Baza, si bien se los inutilizaban los cristianos, y el príncipe Cid Hiaya no cesaba de dar diariamente rebatos y combates contra sus sitiadores. Los esfuerzos de estos dos musulmanes formaban

(1) Pulgar el cronista, c. 111. —Palencia, *De Bello granat.*, libro IX.

(2) La reina y el rey le concedieron ademas un escudo de armas con un leon de oro en campo azul, levantando con su zarpa

una lanza á cuyo extremo ondea una toca; en la orla se divisan los once caides vencidos, y por lema se lee *atal debe el hombre ser, como quiere parecer.* Esta máxima fué elegida por Pulgar, tomada de un filósofo griego.

contraste con la inercia y el ocio de Boabdil el Chico, que le estaban desconceptuando para con sus mismos súbditos de Granada, á tal extremo que exasperados de su inaccion y negligencia conspiraban ya contra él nada encubiertamente. Mas al que tan indolente se mostraba contra los enemigos de su fé, no le faltó energía para castigar á los enemigos personales, haciendo prender á los conspiradores y cortarles inmediatamente las cabezas, con lo cual restableció algun tanto su decaida autoridad. La reina Isabel, á quien interesaba que se mantuviese todavía el rey Chico, le felicitó por aquel rasgo de severidad, y le facilitó algunos recursos para sostenerse. Entretanto Cid Hiaya, á quien no abandonaba su ánimo aunque le abandonáran todos, continuaba incomodando á los sitiadores sin dejarles reposar ni de noche ni de dia. A todas las horas habia desafíos de caballeros moros y cristianos en la línea, y como no fuesen ventajosos á los castellanos estos combates parciales, tomó el rey la providencia de prohibirlos.

A este tiempo llegaron al campamento dos venerables frailes franciscanos, que venian de la Palestina enviados por el Gran Turco con cartas para los reyes de Castilla y de Aragon, quejándose de la guerra cruel que hacian á los moros de España, en tanto que él protegía á los cristianos que moraban en los Santos Lugares, y exhortándolos á que suspendiesen la conquista, ó de otro modo tambien él perseguiría á los

cristianos de sus dominios y destruiría los templos y sepulcros de la Tierra Santa. El rey en el campo sobre Baza y la reina en Jaen recibieron muy cumplidamente á los religiosos embajadores, y por los mismos contestaron al sultan, informándole en muy mesurados términos de la manera injusta como los moros se habian apoderado en otro tiempo de España contra toda ley y derecho, de los insultos y agresiones alevosas que todos los dias estaban recibiendo de ellos los cristianos sus súbditos naturales, los cuales no hacian sino defenderse á sí mismos y defender un territorio legítimamente poseido antes de la invasion musulmana; que si él trataba bien á los cristianos de la Palestina, tambien los reyes de España guardaban toda consideracion con los mahometanos sometidos á su imperio. Con esta contestacion despidieron benévolamente á los embajadores (julio), y aprovechando la reina esta ocasion le acreditar su piedad, les dió un velo bordado por su propia mano para que le pusieran sobre el Santo Sepulcro de Jerusalem, y concedió á los cristianos de la Tierra Santa mil ducados anuales para su culto ⁽¹⁾.

El sitio continuaba con brío, y Cid Hiaya no daba muestra de flaqueza, ni cesaban los combates, no siempre con éxito igual para unos y para otros. No

(1) Bernaldez, Reyes Catól. c. 92.—Pulgar, cap. 112.—Palencia, De Bello granat. lib. cit.—Posteriormente enviaron los reyes al Turco al ilustrado Pedro Mártir de Angleria para que esforzase sus razones, y evitase algun disgusto á los cristianos de aquellos países.

faltaban nunca las provisiones en el campamento cristiano, gracias al celo y actividad de la reina Isabel, que desde Jaen, asistida del gran cardenal, cuidaba de la adquisicion de víveres, compraba todos los cereales de Andalucía y la Mancha, y los hacia trasportar con una regularidad admirable, á cuyo fin habia hecho abrir un camino de siete leguas de mal terreno, por el cual iban y venian hasta catorce mil acémilas que habia contratado para los trasportes y estaban en continuo movimiento. Cuando le faltaban recursos, vendia sus aderezos y vajilla para atender á la manutencion de sus guerreros, y las damas de su córte, que no eran insensibles al ejemplo de su reina, prestaban ó vendian sus joyas porque no faltase pan al soldado. En honor de la verdad las damas moras de Baza no cedieron en desprendimiento y generosidad á las de la córte de Castilla, que tambien ellas se deshicieron de sus zarcillos, gargantillas y brazaletes para el propio objeto. «Si los nuestros vencen, decian, no nos faltarán preséas; y si son vencidos y hemos de ser esclavas, ¿para qué queremos estos adornos?»

Quiso el príncipe Cid Hiaya demostrar á Fernando que no le faltaba ni el razon á él ni mantenimientos á sus soldados para sostener el sitio, por mucho que le prolongara. Un dia hizo enarbolar bandera de parlamento, á cuya vista envió el monarca español dos hidalgos de su córte para que oyeran las proposiciones

del príncipe moro y conferenciáran con él. Al día siguiente regresaron los dos parlamentarios al pabellon real, y Fernando, que esperaba le traerian proposiciones de capitulacion, se quedó absorto al oírles referir lo que les habia pasado. Cid Hiaya los habia llevado á visitar sus almacenes, y enseñádoles los acopios de trigo y de legumbres, y las tinajas de aceite que en ellos tenia, además de las provisiones que habia de reserva en muchas casas particulares, para alimentar por largo tiempo la guarnicion. Dióles además un magnífico caballo con vistosos jaeces, y en cuyas ricas guarniciones sobresalía una esmeralda de gran tamaño y precio, para que le regalasen al rey Fernando en muestra de su consideracion. El monarca aragonés, que no esperaba semejante resultado, sintió vivamente picado su amor propio con la arrogancia y orgullo del príncipe musulman, y mandó que inmediatamente le fuera devuelto su caballo, diciéndole que los reyes de España no acostumbraban á admitir regalos de sus enemigos, y que si contaba con provisiones para resistir, al ejército cristiano le sobraban para mantener el sitio todo el tiempo que fuese menester. Después de lo cual, con mucha astucia y destreza hizo cundir entre las tropas la voz de que todos aquellos acervos de grano de que el moro habia hecho alarde no eran sino una capa que encubria montones de piedra y tierra, así como las tinajas no tenían sino la superficie de aceite, y que

todo habia sido una estratagema de Cid Hiaya para ocultar la escasez de sus mantenimientos y engañar á los emisarios, á fin de que ellos mismos, informando á los reyes y al ejército, infundieran el desánimo y les quitáran toda esperanza de rendicion.

Llegóse en esto la estacion de las lluvias (setiembre y octubre, 1489), en la cual fiaban los moros, persuadidos de que los torrentes que solian desprenderse de las colinas inundarian el campo, destruirian las tiendas y obligarian á los cristianos á levantar el cerco. Mas no tardaron en ver con desconsuelo burladas sus esperanzas, al observar que el enemigo se prevenia contra los rigores del invierno, ocupándose todo el ejército en construir y levantar chozas y aun casas de tierra y de madera, para lo cual les sirvieron grandemente los árboles cortados en la huerta, cubiertas algunas con teja, pero las mas con ramaje y lodo solamente. Los moros vieron con asombro concluida en pocos dias una especie de poblacion regular y simétrica (1), en que descollaba el alojamiento del rey con las banderas de Castilla y Aragon entrelazadas. Sin embargo, no en vano habian fiado los habitantes de Baza en la crudeza de la estacion por el conocimiento que tenían del pais. Las lluvias sobrevinieron en abundancia acompañadas de fuertes vendavales; descendian de los cerros los torrentes embra-

(1) No de sólidos edificios, como dice Prescott, pero si de algunas ligeras tiendas de lienzo.